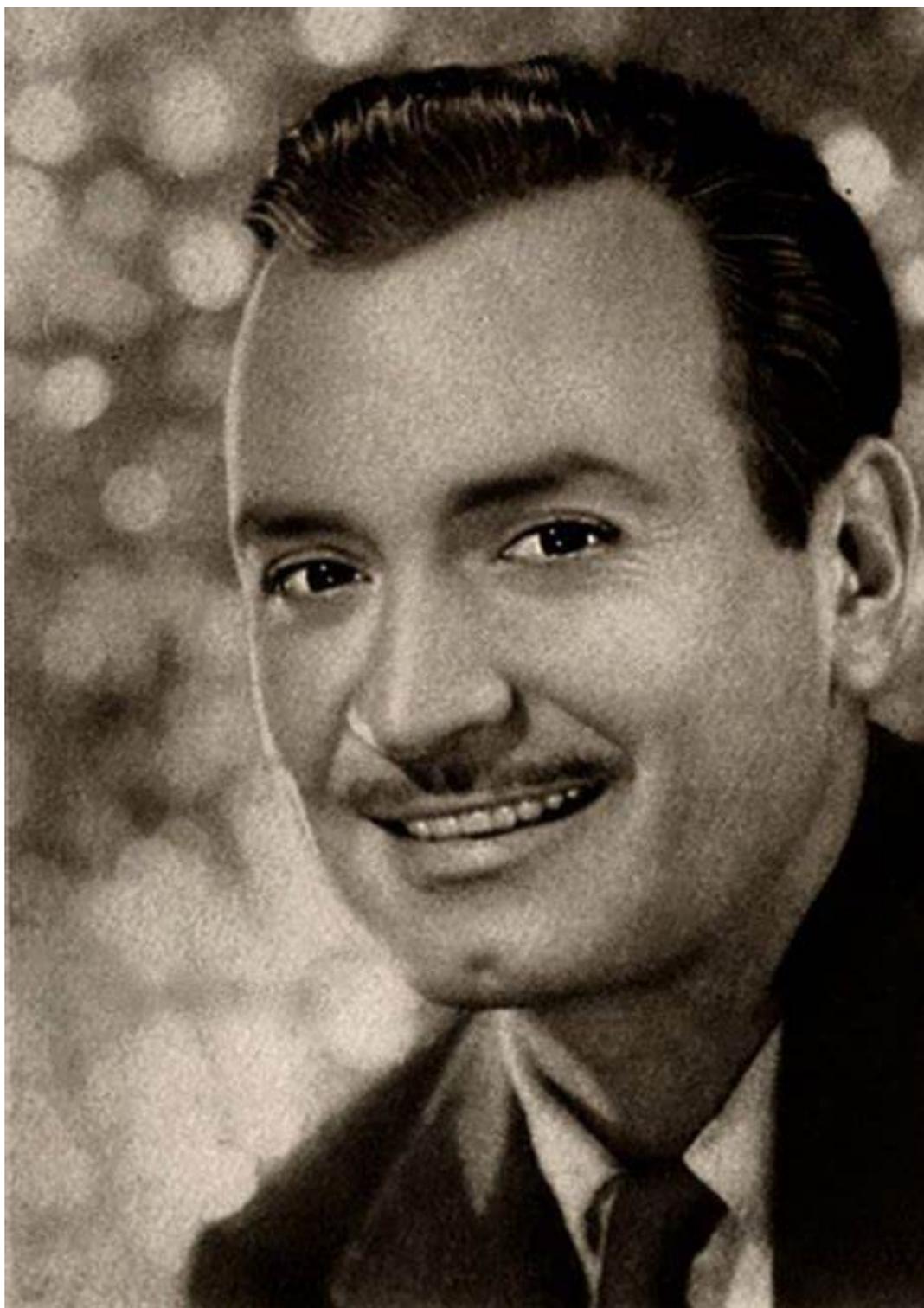


Violencia de la Patagonia en el viento

Daniel Sans □□□□



Capítulo 1

I Ace

Ángel y Monona eran de esos vecinos que pasan a formar parte de la familia. Los frentes de nuestras casas daban a calles que se cruzaban. Estaba mi casa, la de Sarita en la esquina y en la perpendicular, la casa y la peluquería Ángel Custodio. Ese era el nombre que Monona le había puesto al hijo que tuvo y crió soltera, y a su peluquería. Tanta familiaridad nos unía que en la pared que separaba nuestros patios había una puerta. Se podía ir de una casa a la otra sin salir a la calle.

Yo debía tener 11 o 12 años cuando murió Monona. Ángel la cuidó hasta el último día, su madre murió en la casa. Mi mamá adoptó al huérfano que había pasado ya los 30 años. La peluquería del barrio cerrada, Custodio, que había sido hijo full time, no había trabajado nunca. Tampoco se le había conocido relación amorosa. Tina fue la peluquera que contrató para reabrir "Ace", que así la llamábamos en el barrio porque a la noche, cuando se encendía el cartel luminoso las letras ngel y ustodio no andaban. Ace le quedó al negocio y al dueño.

Era de las pocas personas que en los días de viento no cambiaba de humor. Custodio encantaba a mi hermana pequeña: doblaba el dedo pulgar de su mano izquierda y colocaba la punta del pulgar derecho creando la ilusión de separar las falanges. También enlazaba y movía, con un pelo imaginario que fingía arrancarse, el dedo índice.

Ace comenzó a trabajar como viajante de L'oreal de París. El trabajo fue su primera transfiguración. Aunque era delgado y con los tacos que empezó a usar mediría menos de uno setenta, elaboró una presencia minuciosa y perfumada: trajes de tres piezas, camisas entalladas y corbatas nunca vistas en el pueblo. Peinado a la gomina de su cabello rubio y una filigrana de bigote, prolija copia del de Ángel Magaña, actor del que tenía una foto junto al espejo de su armario. Se casó con Tina y amplió la zona de representación de los cosméticos y productos de belleza a toda la Patagonia.

Mamá lo recibía los lunes, cuando él volvía de su semana de recorrida lejos de casa. Lo esperaba con paella valenciana. Entraba por la puerta del patio con Tina en brazos, sí, como en las películas la traía en brazos y, aunque ella era unos centímetros más alta que Ace y rellenita, él no parecía esforzado. Desde la puerta del paredón del fondo hasta la mesa bajo el parral iba cantando, y al irse siempre recitaba algo que decía le había enseñado su mamá:

La luna cuelga de un hilo

finito y finito

cuando el hilo se corta

finito finito

es que ya no la soporta

he finito.

No tomaba vino pero decía que después del segundo vaso de soda estaba perdido. Relataba goles de jugadores con los nombres de mi hermana y mío; historias de peluquerías en que omitía algunas palabras por protección de menores y cantaba "Stand by me", con partes en español y ritmo de salsa. Le daba arroz color azafrán en la boca a Tina poniendo con cuidado una servilleta bajo el tenedor. Luego del postre se paraba, agradecía a mamá, cargaba a su mujer y se iba recitando.

Poco tiempo después Tina murió de una grave enfermedad. No pasaron seis meses en que una nueva peluquera ocupó la vacante en el negocio y en los brazos de Ángel que los lunes la cargaba recitando:

-La luna cuelga de un hilo...

Ángel pasó unos años en prisión, luego de un accidente de ruta en que resultó gravemente herida una menor de edad, hija de una estilista de Río Grande, que lo acompañaba y pudimos saber era su amante.

II Narrador

Todos los días de visita durante cuatro años fuimos con mamá al penal. Fue cuando Ángel Custodio me ayudó, dijo:

-Tenés que escribir, Lolo -y se cortó un pedazo de sopressata-, lo que no se usa se atrofia.

Aquel domingo de enero no lo olvido más. Ace me habló en el patio, bajo los banderines de colores inquietos por el viento que colgaban los días de visita. Aunque no dijo Lolo, como si supiera que me molestaba. Me dijo Lorenzo. Tomé aire para responderle. Odio ese gesto de los labios fruncidos, y el aire que se me rebela y entra por la boca y sale en soplido:

-Ffffff.

Él no me dejó:

–Es al pedo, Lorenzo, no insistas, –levantó la mano derecha y la puso cerca de mi boca–, conseguite un cuaderno para vos solo.

Yo tendría 15 años y por primera vez un adulto no me decía que respirara. O que inflara la panza y que me calmara. O que hablara con un lápiz entre los dientes. O que no mirara fijo. O que dibujara casas, árboles y personas.

–Es al pedo –dijo.

–No quiere ir con la seño Anita –dijo Mamá–, no me hace los ejercicios –se quejó mientras le cortaba un pedazo de pan casero.

–Déjemelo a mí, Doña Marga, consígale un cuaderno.

Después se levantó y fue a compartir el pan con los otros presos:

–Yo creo en un poder que no se toca –le decía al darles pan–. Yo creo en un poder que no se ve.

–Aleluya –le respondían.

Y así fue cómo me liberé de psicós, fonos y curanderas. Ace dijo que si no podía hablar, escribiera, y yo empecé a hacerlo.

III Hendidias

Dos cuadernos tuve. Uno que me compró mamá, grande, color anaranjado; y el otro, de tapas duras y con espiral de alambre. El cuaderno negro lo compré con los treinta pesos que me dio Ángel en la visita, cuando mamá se fue a enjuagar los platos para irnos. Él me dijo: uno para vos solo, y me pasó la plata y yo entendí que uno sería el cuaderno que mamá leería para espiarme y, el otro, el que escribiría en secreto.

Mi cuaderno negro medía una cuarta de largo por media de ancho, 90 hojas con renglones “papel especial”. Su escondite estaba en la hendidia que había entre el techo del placar y el cielorraso de la pieza que compartía con mi hermana menor. En el anaranjado escribí las frases que querían leer y nunca iba a poder pronunciar: Tres tristes tigres tragan trigo etcétera. En el negro escribí con la palabra más rara que encontré al azar en el diccionario. Lo primero fue:

No hay socaire en mí para este viento. Se cuela por las hendidias, aúlla en los huecos y bisbisea las grietas. Todo lo que escribo empieza como un bisbiseo que no entiendo. Luego corrijo algo, un detalle, hasta que la voz

encuentra sentido. Es cuando ya no puedo detenerme. Cuando escribo soy un instrumento de este viento. Él forma sencillamente las palabras que se me resisten en los labios. No las pronuncio. No elijo las palabras. Las escribo para leer lo que me pasa.

Cuando estaba en 6° pude zafar de los recreos mientras le tallaba a Sergio Pamich, en una barra de jabón color gris, el cenicero requerido para Trabajos Manuales. Nunca supe si esa artesanía servía como parafernalia de fumadores, lo que sí sabía era que me encantaba escuchar historias.

El Rusito Pamich, que ya había cambiado y tenía esa voz grave y aterciopelada que le marcaría el camino profesional, me contaba películas que nunca había visto mientras yo sacaba con el formón viruta que pasaba del gris al celeste antes de caer al piso de madera. Cada uno lograba así lo que quería: él, entregar como suya la artesanía en jabón para Trabajos Manuales; yo, escuchar en silencio que me hablaran. Las películas del Rusito siempre eran de esquimales que se enfrentaban con osos u otras bestias descomunales. Los dos teníamos similar inquietud hacia los combates en los recreos: él por su estatura y delgadez parejamente frágil. En mí caso era al revés, era alto y fornido, lo que hacía que me eligieran para peleas de las que huía con angustia más que miedo. Era mayor la angustia porque intuía que alrededor de esas peleas se daba un despliegue en que los pibes desparramaban más alegría que odio.

Fue gracias a las películas de esquimales que logramos salir al patio de la 32. Limonao era el más pesado del 6° B, su bravura intimidaba a los de 7°. Supongo que no le importaba la reputación de mariquitas que nos precedía, o tal vez las historias de esquimales (indios como yo, decía Limonao) le atraieron por un tiempo. El tiempo fue hasta que los tres nos disputamos la atención de María Clara, alias la Porteña, que nos puso de rivales en 7° B. La competencia por su cercanía superó todo escándalo: uno fue cuando se develó que ella consumía todas las mañanas una o tal vez dos bolas de naftalina.

Clara era morocha, de ojos castaños con vetas amarillas bajo el flequillo recto. Había vigilancia pausada en la rigidez de su rostro y movía los labios como si se los chupara mientras disfrutaba de su afición secreta. El olor a su alrededor tenía una acritud picante que al principio nos pareció un perfume que usarían en Buenos Aires. Hasta que un tropezón sobre el escritorio de la maestra puso, en un charco de saliva, la bola blanca en el registro de clase:

–¡Esto es un asco! –gritó la señora Moni bajo el cartel: Agua y jabón alegran el corazón, que ella había bordado.

A partir de entonces la popularidad de la Porteña se vino en picada, salvo para Limonao, para el Ruso y para mí, cautivos de una pasión que estaba más allá de todo papelón.

En la primaria jamás la besé. Lo que sí recibí fue un tremendo empujón cuando intenté decirle mis sentimientos. Estábamos en el último recreo, un día de verano previo a las vacaciones. Hacía calor, lo sé porque la pechera de mi guardapolvo estaba gris de sudor. Para que esperara le agarré la manga con una mano, mientras con la otra me golpeaba en la cadera intentando que me salieran las palabras. El empujón antes de que terminara de decirle "quería", me hizo caer sobre el jardincito de suculentas que cuidaban una pareja de porteros a los que llamábamos abuelos. Esa caída me llevó a Dirección. Me llamaron Polilla durante unos meses; apodo que cuidé que no se supiera en el colegio secundario. Ahí me pusieron Lolo. No era diminutivo de Lorenzo sino lo que escucharon cuando la profesora de lengua me preguntó el nombre:

–Lo... lo –los labios fruncidos y el aire que salía por la nariz y por la boca al mismo tiempo, parado al lado del pupitre.

Y todo el primer año coreó:

–Lolo, Lolo, Lolo.

Hasta los mudos se comunican, pero para mí no habría auxilio en el lenguaje de señas.

Hasta que Ace me dijo que escribiera.

IV Milagro.

Ángel Custodio me contó que cada atardecer, en el patio del penal, caminaba con los presos. En una gran ronda y en el sentido de las agujas del reloj. El mismo sentido en que los domingos en La Conquista, a paso de hombre, iban los vecinos en automóvil. Repasaban las pocas cuadras que bordeaban la iglesia; la plaza; el municipio; la comisaría y el centro comercial. La vuelta al perro pone vehículos viejos y maltrechos junto a las camionetas más lujosas. En primera marcha. Los días de viento, la caravana parece desafiar la velocidad del aire racheado que la envuelve y trae olores acres del desierto.

En las rondas del penal Ángel había propuesto que cada interno pusiera una mano en el hombro del que lo precedía, y luego, apenas por sobre el rumor de las pisadas, había comenzado la oración

—Así puse la primera piedra de mi iglesia en el penal—me dijo Ace—. Cuando salí fue más difícil, afuera hay demasiada soledad, mucha tristeza.

En el penal Ángel vivió su segunda transfiguración. La petición al director de la cárcel de encausados fue sencilla: el viejo sector del bicicletero. Un patio de cuatro por tres metros que había quedado en el centro del edificio, sin techo y que nadie usaba. Luego de las primeras reuniones, el bicicletero fue techado con recurso de los presos y algunos guardiacárceles, y así inauguró la Primera Iglesia Evangélica del Penal de La Conquista.

Sobre el pequeño púlpito de madera de álamo Ángel citaba: "Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan". Cuando Ángel decía: "estrecha", en las dos ocasiones cruzaba los brazos sobre el pecho y se aferraba los hombros. Con la cabeza inclinada transmitía piedad a la asamblea de fieles, casi todos jóvenes mapuches, población que, entre presos y celadores, era la mayoría.

Unos meses antes de salir, Ángel Custodio le salvó la vida al sobrino del Juez Ricardo Zafetty. Corcho Zafetty había caído al penal luego de media docena de intentos en que no había podido matarse. Las apuestas y la cocaína eran sus aficiones desde muy joven y el primer intento de suicidio fue tirándose desde el puente mayor del canal grande. Había poca agua. Cayó sobre las bases del pilar del puente, quedó con fracturas en las piernas y en el brazo derecho. Enyesado, puso en el pie los cables de un velador que le provocó una quemadura en el dedo gordo izquierdo que casi le tienen que amputar. Cuando pudo caminar sin los yesos fue a la capital y en un hotel de lujo pidió champán. Al otro día lo encontraron desmayado sobre la alfombra frente al placar de la habitación. Se había encerrado y pegado con cinta las aberturas por dentro y había abierto una garrafa de gas, pero perdió la conciencia y cayó fuera del armario. Esa vez lo encarcelaron unos días por unos sobres de cocaína que encontraron en sus bolsillos.

(Continuará...)

Capítulo 2

En el penal Corcho conoció a Ace. Había caído preso por balear a los hermanos Santoni. Los hermanos le habían disparado con distintas armas de grueso calibre en medio de un vendaval de arena. El enfrentamiento había ocurrido en una cantera en las afueras de La Conquista. Corcho dejó a los Santoni heridos de gravedad armado pobremente con una pistola calibre 22 de seis tiros. Los hermanos, regenteaban salas de juego clandestino y tenían contactos con el gobierno provincial. De aquella balacera el suicida salió sin un rasguño.

–No tengo suerte –le dijo a Ace–, nada de suerte.

Corcho Zafetty había hecho un arcón en la celda colectiva del que no salía ni para comer. En la cama cucheta se había recluido en la litera de abajo. Había colgado mantas enganchándolas entre el colchón y el elástico de la cama de arriba, en la cabecera, a lo largo y a los pies. Parecía una mamushka. Pasaba las horas cantando en un susurro:

Soy un pa cien te psiquiátrico

psiquiátrico ma ma

psiquiátrico Ri chi

soy un pa cien te psiquiátrico

–Cristo no te juzga, tampoco los hombres como tu tío pueden hacerlo –le dijo Ace a través de la frazada marrón–. Él quiere que te acerqués, lo sé porque soy su siervo.

Y así fue hasta la cama dos o tres veces por día hasta que lo convirtió. Cantaba con entusiasmo Corcho entre los hermanitos de piel marrón:

... en un poder que no se toca

un poder que no se toca

en un poder que no se ve.

El milagro de la conversión acercó a Ace al juez Ricardo Zafetty. El Juez había abrazado la fe evangélica hacía poco tiempo y se asoció con Ace en la cruzada religiosa del penal. Ricardo Zafetty, además, le conmutó la pena y logró, moviendo sus contactos en los tribunales, desaparecer el expediente de la causa. Tiempo después, en la capital, Corcho se subió a la azotea de un edificio de siete pisos, en la cornisa tomó un frasco de pastillas para dormir con una botella de vodka y antes de caer se abrió las

venas de los brazos a lo largo. Para entonces, Custodio estaba organizando la campaña del Gringo Briqueto para gobernador de la provincia de Oro Negro.

Capítulo 3

V Escriba

AC, meses antes de salir en libertad, había pedido permiso para que yo entrara a la reunión de los sábados. La primera vez que fui me quedé cerca de la reja del fondo, no participé de las oraciones, de las palmas ni los cánticos. Al domingo siguiente me preguntó si había escrito sobre lo que había visto, si se lo podía mostrar. Yo había llevado mi cuaderno negro. Cuando mamá se fue a charlar a la cola del baño, se lo pasé. Estaba inquieto por dar a leer por primera vez mi cuaderno, pero AC solo leyó la página que le mostré, respetuoso de lo que me había pedido. Movía la cabeza con el mentón hacia adelante y leía en voz alta algunas frases:

–La luz cenital de la claraboya y los silencios durante el sermón le quitaban gravedad al presidio –y, más adelante–: ... lágrimas que sin pudor mostraban los rostros morenos dirigidos hacia un cielo que estaba más allá de las chapas grises del techo.

Cerró las tapas negras y guardé el cuaderno en mi morral.

–Vos vas a escribir para mí –dijo, miró la claraboya de su iglesia y agregó–: como los escribas del antiguo Egipto. Vas a escribir para mí y te vas a mudar a la peluquería.

Cuando salió en libertad, convenció a mamá para que me mudara. La peluquería Ángel Custodio había quedado cerrada desde que su expareja quebró el negocio y se perdió con un viajante de cuchillos que iba para Chile, de donde era oriunda. Allí empecé a escribir en el cuaderno blanco las crónicas de mis acompañamientos. Todas las noches, después de la cena, él se llevaba el cuaderno y me lo devolvía antes de que saliéramos a las reuniones. Él decía que era su secretario, pero no hice otra cosa que observar y luego escribir sentado en una de las dos butacas de cuero que habían sido carmín y el uso había dejado arreboladas; frente al gran espejo, a veces apoyaba los pies en la repisa, entre secadores de pelo, tijeras oxidadas, cepillos y frascos.

A AC le maravillaba la memoria que yo tenía para los diálogos. A mí no me asombraba porque no hacía ningún esfuerzo por recordar lo que se decía. Amaba la voz humana, sus tonos, cadencias, acentos; la respiración y el ritmo de cada hablante, la forma en que reverberaba según su espacio. Todo lo que en mí era imposible. Por otra parte, saberme leído por Ángel Custodio fue un empujón extra para mis visitas a la biblioteca popular de La Conquista. Desde que había empezado a escribir leía con voracidad; imaginaba que, a quienes leía, se les había negado decir esas formas en el aire. Al leer a Baruch Spinoza asumí que Dios es Naturaleza,

escribí:

Nunca habrá silencio aquí. La enredadera recibe el sol sobre una rama caída. Desde la quietud que le permite la brisa despliega movimientos que la expanden. Cubre de verde sobre la corteza oscura y así le ofrece más superficie a la luz que la calienta. Ese es el deseo, enredadera, persistir bajo el sol. No hay lugar para las emociones cuando todo es movimiento. También a su alrededor: La humedad sobre la rama caída se disipa y asciende el vapor que toca la cara inferior de una hoja. Hasta que el vapor se condensa en una gota que cae. Todo lo que cae, sea gota, rama o dentellada es una peripecia. Los insectos, inundados por la gota, trabajan entre hongos multiformes, intentan un orden vertiginoso. Hasta que en la corteza una elevación crece y revienta un brote verde. Se violenta el aire, hay un estallido. La calma posterior al estruendo muestra esa forma de abandono que sigue siempre a los momentos de gran tensión. Es una calma aparente, superficial. Nunca habrá silencio aquí, en ningún momento quietud. La enredadera, en perpetua expansión, cubrirá ese nuevo brote. Y así hubiese seguido hasta el infinito, pero las fauces de un animal, del que no llegamos a ver más que el marfil afilado de sus colmillos, terminan con todo; incluso con un trozo de corteza que nada sabía de la enredadera. Y ahora quedó una franja de la luz en la que flotan partículas iridiscentes.

Tenía 19 años y había entendido que mi decisión de no hablar no era mala... ni buena, era Dios en mí, y la Naturaleza no tiene personalidad ni acepta que se le imponga moral alguna.

VI La Conquista

Ángel Custodio me contó que cada atardecer, en el patio del penal, caminaba con los presos. En una gran ronda y en el sentido de las agujas del reloj. El mismo sentido en que los domingos en La Conquista, a paso de hombre, iban los vecinos en automóvil. Repasaban las pocas cuadras que bordeaban la iglesia; la plaza; el municipio; la comisaría y el centro comercial. La vuelta al perro pone vehículos viejos y maltrechos junto a las camionetas más lujosas. En primera marcha. Los días de viento, la caravana parece desafiar la velocidad del aire racheado que la envuelve y trae olores acres del desierto.

En las rondas del penal Ángel había propuesto que cada interno pusiera una mano en el hombro del que lo precedía, y luego, apenas por sobre el rumor de las pisadas había comenzado la oración.

—Así puse la primera piedra de mi iglesia en el penal—me dijo AC—. Cuando salí fue más difícil, afuera hay demasiada soledad.

AC salió en libertad el día en que se celebraban los 133 años del pueblo. El día de su aniversario La Conquista amaneció con un sintecho muerto y un temporal de 88 kilómetros por hora. Por la tarde el intendente inauguró una estatua en la rotonda del centro: la escultura en acero de una flor de lúpulo de cuatro metros de altura. La figura estaba sostenida por dos travesaños en que muchos creímos ver cruzados un sable y una lanza de donde colgaba la cadena que sostenía la flor. Al muerto, que llamaban Limón y era mi excompañero Limonao, lo encontraron en el baldío en que solía dormir. El diario El Conquistador informó que primero lo habían quemado con combustible y luego le habían disparado en la cabeza con una pistola calibre 22. Al día siguiente de la inauguración, manos anónimas habían pintado con aerosol rojo sobre el acero reluciente:

“Sin tele y sin cerveza Bricheto pierde la cabeza”

La traza de mi pueblo de 160 mil habitantes es en cuadrículas, como corresponde a su fundación militar. También legado del Fuerte La Conquista es la sucesión de intendentes que llega hasta el actual Amado de la Cruz Briqueto, al que llamamos Gringo. Nuestro intendente es trastataranieto del coronel que le escribió al General Tosca la carta que actualmente está enmarcada en el despacho municipal. Allí se lee: “Se acerca la hora, Mi General, en que usted ponga el sello de la victoria sobre el pecho del Tehuelche”, y más adelante: “No hará falta que nos repongamos municiones, con redoblar la provisión de aguardiente la batalla final está asegurada. A degüello, con el sable y el cuchillo ahorraremos las balas de la Patria”. Este texto recordó el Gringo Briqueto cuando supo de la pintada en la escultura y que él adjudicó al terrorismo mapuche.

En La Conquista hacía dos décadas que el tren había dejado de detenerse en la estación; las rutas –oriente hacía el mar y occidente a la cordillera– eran las más angostas y peligrosas de toda la Patagonia. Los viajeros sobrepasaban la entrada, custodiada por una estatua del soldado del desierto, sin llegar a tener conciencia del nombre del pueblo que habían dejado atrás. Así afirmábamos, en silencio, nuestro destino de volver a ser desierto.

Capítulo 4

VII Indios

Cuando AC salió en libertad empezó a trabajar como asesor del intendente.

–Indios de mierda –dijo Gringo con vocales ensanchadas mientras pasaba la mano derecha por su cabellera– ¡Claudita! apurá el hielo, –gritó hacia la puerta entreabierta.

Del otro lado del escritorio de caoba del despacho municipal estaban AC y los hermanos Santoni. El sol del atardecer entraba al sesgo por los ventanales del tercer piso. Había empezado la reunión de campaña para la gobernación y Amado Gringo Briqueto no se podía quedar quieto en el sillón: se mesaba el bigote grueso y blanco como el pelo de sexagenario.

–No se preocupe –dijo el Pituco Santoni, el rubio de los dos hermanos–, pusimos a los muchachos a trabajar.

–Los muchachos son unos pelotudos que achuraron a un linyera –le soltó Gringo antes que Pituco terminara de hablar.

Entró Claudita con el hielo, tacos agujas que le tensaban las piernas y le dificultaban caminar, pollera corta y aros largos como una lluvia dorada. Era la secretaria dos, la que se ocupaba de los insumos del intendente.

–Traele vasos a los muchachos –y tomando a la mujer del brazo, le dijo al oído– y a mí dos coquitos.

–Los muchachos se están fogueando –susurró el Morocho Santoni.

El intendente lo fulminó con la mirada. Le habían pintado con aerosol rojo “Calcu” en una pared de la quinta y “Calcutum” en otra. Todos sabíamos que desde que Gringo asumió la intendencia los perros sin dueño morían envenenados y violentamente los indios sintecho. Se escuchaban algunas protestas ciudadanas por el veneno a los perros.

AC parecía tranquilo, aunque yo sabía, por los labios cerrados y quietos, que estaba impaciente. Él se abstendría del whisky, nunca tomaba, y hablaría al final de la reunión. Explicaría que los mapuches venían de una raza de cazadores. Que los antiguos habían sido cuidadosos y pacientes en cada una de las cinco etapas de la cacería: quién caza primero rastrea, luego espía; acecha; atrapa y come. Ahora los que son mansos, la mayoría, apelan a una piedad desconocida por sus ancestros ¿Cuándo se

vio a un guanaco o a un zorro pedir la pena del cazador? Matar se ha vuelto más preciso y al mismo tiempo difícil de ocultar. En el siglo pasado los matábamos de a miles, hoy con media docena por año basta. AC sabía que el mensaje de las muertes en el pueblo era para los mapuches de la estepa, los que no eran mansos y se resistían a entregar las tierras para la hidrofractura. Diría también que junto con el Juez Zafetty habían abrochado las iglesias evangélicas a la campaña.

Entró Claudita, que no se llamaba Claudia sino Clotilde. Gringo a las mujeres siempre las llamaba con diminutivos y el verdadero nombre le pareció difícil de achicar. La joven, con un movimiento por debajo del escritorio, le dio dos pastillas color marrón. Gringo, desde que tomaba lo que le traía un diputado en el avión sanitario de la provincia, al atardecer tenía que equilibrar con ansiolíticos la carga de euforia que lo desbordaba.

–Una buena –dijo Briqueto relojeando su teléfono móvil–. La petrolera nos financia. Muchachos –y al levantar el vaso el sol disparó destellos sobre el líquido color miel–. ¡Salud!